

Pessoa a través de sus papeles personales

Felipe Botero Quintana*

Pessoa, Fernando (2016). *Papeles personales*. Selección, traducción y prólogo de Adán Méndez. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales (Colección Vidas Ajenas), 382 p. [ISBN: 978-956-314-365-2].

Él era un subterfugio viviente. Es aquel “fingidor” que siempre se esconde detrás de la escritura, o de la locura, o del alcohol, o de los celos, o de los supuestos Maestros y las supuestas Leyes que “no es dado conocer”, o de una enfermedad banal. O, todavía, detrás de sus innumerables heterónimos. Por su completa incapacidad de tomar decisiones, de afrontar la vida y, por consiguiente, el amor. Decisiones que lo obligarían a ser “uno” y no “pessoa” (en el sentido indefinido del término).

Paolo Collo, en PESSOA, *Finzioni d'amore* (2009)¹

No confesar nunca lo que íntimamente ocurre en ti. Quien confiesa es un débil.

Fernando PESSOA (2016: 302), “Reglas morales”

Quizás en ninguna otra figura como la de Fernando Pessoa, la relación entre vida y obra, persona y poeta es más compleja e intrincada. Esto se debe a que pocos escritores, artistas o pensadores han reflexionado tan obsesivamente sobre esa relación o vivido tan intensamente el desdoblamiento que ella implica. Esto es evidente sobre todo en los escritos de Pessoa sobre el heteronimismo², donde, por ejemplo, afirma no saber “lo que es existir, ni cuál, Hamlet o Shakespeare, es el más real, o verdaderamente real” (2016: 232). También es patente en los textos reunidos en *Papeles personales*, libro editado y traducido al español por Adán Méndez para la colección Vidas Ajenas de la Universidad Diego Portales de Chile. Estos “papeles” revelan cómo detrás de cada palabra que escribía Pessoa y de cada acto en su singular existencia existía una reflexión obsesiva sobre vida y obra.

Una de las mayores cualidades de *Papeles personales* es que se presta para ser una introducción amplia y generosa a la vida y obra de Pessoa, en particular gracias a los concisos párrafos escritos por Méndez al comienzo del libro. Llenos de anécdotas divertidas sobre episodios absurdos vividos o provocados por Pessoa (y sus heterónimos, especialmente el travieso Álvaro de Campos) y de breves

* Filósofo de la Universidad Nacional de Colombia con Maestría en Filosofía y Artes de la Universidad de Warwick de Inglaterra.

¹ Traducción del autor de la reseña, tal como las demás.

² En Colombia reunidos en un libro de Tragaluz, *Plural como el universo*.

detalles sobre las innumerables facetas que mostró Pessoa como escritor y como emprendedor cultural, estos mismos pasajes también pueden constituir la delicia de las delicias para quienes ya han sido iniciados en los misterios y extravagancias de la obra pessoana. De hecho, el título del primer párrafo de Méndez – *El Encubierto* – nos sirve para evidenciar el valiosísimo propósito que subyace a este libro: se trata de un descubrimiento. Pero ¿de qué? O, mejor, ¿de quién?

Como lo descubrirá el lector, se trata del descubrimiento de Pessoa como persona. Pero ¿qué significa eso? ¿A qué alude el “personales” que caracteriza los ochenta y ocho fragmentos de Pessoa, o sobre Pessoa, reunidos en este libro? En principio, “personales” son aquellos documentos que Pessoa no escribió con vistas a una publicación literaria porque formaban parte de su vida *privada*; es decir, las cartas que le escribía a sus amigos, a su familia, a su pareja, fragmentos íntimos de diarios, reacciones “personales” a acontecimientos públicos de su tiempo, testimonios sobre cómo era en la vida cotidiana, etc. Y en efecto, *Papeles personales* contiene poco o nada de lo deliberadamente “publicable”, de lo que Pessoa mismo había tenido previsto publicar, en vida o póstumamente, bajo su nombre o el de sus heterónimos.

Ahora bien, en una figura tan elusiva como la de Pessoa, determinar qué es publicable y que no, no es tan sencillo. Para empezar, porque fue un autor que publicó relativamente poco en vida y dejó muchísimo para publicar después de su muerte. En segundo lugar, porque Pessoa no es un autor cuyo corpus esté compuesto exclusivamente de formatos literarios claros y distintos como novelas, cuentos, obras de teatro, poemas, ensayos filosóficos, etc. Al contrario, es un autor extremadamente multifacético que hizo un poco de todo eso y, en ocasiones, poetizando en drama o argumentando en cuentos, por ejemplo. Y, por último, está el hecho de que aún los papeles más “personales” de Pessoa se inflan por momentos con inspiraciones poéticas o filosóficas que parecen privarlos de intimidad y transportarlos del ámbito privado de su vida al ámbito público de publicación futura, pues quien los escribe no puede evitar escribir para esa posteridad que sabe ineluctablemente suya, por más que por momentos lo asalte la duda de si la obtendrá al final de cuentas.

Tomemos como ejemplo la última carta que Pessoa le escribió a Mário de Sá-Carneiro antes de que éste se suicidara en París, quizás el papel más conmovedoramente “personal” de los escogidos por Méndez para esta edición:

Hoy le escribo por una necesidad sentimental – un ansia afligida de hablarle. De lo cual se sigue que no tengo nada que decirle. Excepto esto – que hoy estoy al fondo de una depresión sin fondo. Lo absurdo de la frase hablará por mí.

Estoy en uno de esos días *en que nunca tuve futuro*. Solo hay un presente inmóvil con un muro de angustia alrededor. La orilla de allá del río nunca, en cuanto es la de allá, es la de acá; y este es el motivo íntimo de todo mi sufrimiento. Hay barcos a muchos puertos, pero ninguno para la vida que duela, ni desembarco donde se olvide. Todo esto pasó hace mucho tiempo, pero mi pena es más antigua.

(PESSOA, 2016: 136)

Pessoa es consciente de que la genialidad poética con la que está describiendo su sentimiento “personal” de ese día – el “fondo de una depresión sin fondo” –y sabe que sería posible cuestionar la *sinceridad* de ese sentimiento. Por eso unas líneas después se afana en hacer referencia a esa dualidad con exquisita lucidez:

Poco más o poco menos que esto, pero sin literatura, es mi estado del alma ahora. Como a la veladora de “El marinero” me duelen los ojos de haber pensado en llorar. Me duele la vida de a poco, a tragos, por grietas. Todo esto está impreso en topografía muy chica en un libro de empaste descosido.

Si no le estuviera escribiendo a usted, tendría que jurarle que esta carta es sincera, y que las cosas de tipo histérico que contiene fluyeron espontáneas de lo que siento. Pero usted se dará clara cuenta de que esta tragedia irrepresentable es real como una taza o una percha – llena de aquí y de ahora, y pasando por mi alma como el verde en las hojas. [...]

Puede ser que, si no echo esta carta hoy al correo, mañana al releerla me demore copiándola a máquina, para meter frases y muecas de ella en el *Libro del desasosiego*. Pero eso no le robará nada a la sinceridad con la que le escribo, [...]

(PESSOA, 2016: 137)

En los escritos escogidos por Méndez la problemática separación de lo personal respecto a lo literario está íntimamente ligada a la problemática de la sinceridad. La sinceridad con la que quien escribe para sí mismo al parecer escribe verdaderamente para sí mismo y no para los demás. Pero Pessoa, en uno de los fragmentos escogidos por Méndez, dice:

No sé quién soy, qué alma tengo.

Cuando hablo con sinceridad no sé con qué sinceridad hablo.

(PESSOA, 2016: 124)

Tal vez no debería sorprendernos que Pessoa salte a despejar las dudas de su amigo sobre la “sinceridad” de su carta. Después de todo, el poeta es aquel “fingidor” que “finge tan complementemente que hasta finge que es dolor el dolor que verdaderamente siente”³. De hecho, tanto en su vida como en su obra abundan los interrogantes acerca de la sinceridad de sus intenciones o de sus palabras: ¿qué tan sinceros son los intentos de Pessoa de determinar su salud mental al escribirle a sus conocidos en Sudáfrica a nombre del “psiquiatra” Faustino Antunes, por ejemplo? ¿Esos intentos son tan solo el reflejo de un deseo narcisista de oír hablar acerca de sí mismo en boca de otros? ¿Qué tan sinceramente creía Pessoa en su locura, en su dolor, en su soledad? ¿Eran éstos simplemente mecanismos de defensa para tomar distancia de situaciones incómodas o pretextos para lamentar su genio incomprendido o la carga demasiado pesada de su voraz intelecto? ¿Qué tan sinceras son sus creencias esotéricas, las “comunicaciones mediúnicas”? ¿Estas son el desahogo de deseos físicos y psicológicos salvajemente reprimidos?

³ Versos tomados del célebre poema *Autopsicografía*.

¿Qué tan sincero fue Pessoa con Ofelia cuando le declaraba pasionalmente su amor con palabras de Hamlet y la alentaba dejándole entrever la posibilidad de un futuro juntos? Y, por último, ¿qué tan sincera es la sinceridad de Pessoa cuando en una de sus innumerables introspecciones reflexivas afirma que “desde que tuve autoconciencia, percibí en mí una tendencia innata a la mistificación, a la mentira artística” (2016: 92)?⁴

Una de las premisas más brillantes que guían la edición de *Papeles personales* es que el Pessoa loco, alcohólico, solitario y anónimo es una fabricación en gran parte del mismo Pessoa; un “falso inédito”, como dice Méndez (en PESSOA, 2016: 13). Para Méndez, Pessoa, esa figura de oficinista anodino y abúlico, capaz de escribir en la privacidad urbana de un café o de un apartamento los versos y los fragmentos en prosa más destacados del siglo XX, puede ser visto como un *performer* capaz de encarnar en una sola persona (“plural como el universo”) el alma entera de un país provinciano y perpetuamente anestesiado; un *performer* con ínfulas imperialistas, con ansias de gloria futura.

En ese sentido, y para retomar el interrogante acerca de qué es lo “personal” para Méndez, cabe señalar que “personalizar” es en gran medida una labor de desmitificación, una forma de encontrar las grietas en la figura cuidadosamente urdida por el poeta. Grietas que Méndez acierta en excavar al sacar a la luz los fragmentos que escoge para su libro. Porque en la labor de desmitificación es necesaria una ingrata tarea de desidealización. Por supuesto, esto nada tienen que ver con la confesión de íntimas fantasías eróticas que sólo al alma más mojigata del universo podrían escandalizar, sino más bien con el alcance del narcisismo egocéntrico que las subyace y del que Pessoa, siempre demasiado lúcido incluso para su propio bien, también es profundamente consciente:

Mis sueños eran muy variados, pero eran todos manifestación del mismo estado mental. Me soñaba ya como un Cristo, sacrificándome a mí mismo, redimiendo la humanidad, ya como un Lutero rompiendo con las antiguas convenciones, ya como un Nerón, sumergido en la lujuria de la carne y de la sangre. Me veía a mí mismo, en una alucinación interna, ya como el adorado de las mujeres, arrancándolas de sus hogares, ya como el despreciado por todos pero el elegido del bien, sacrificándome por todos.

[...] – todos esos sueños eran ríos que confluían en un vasto yo – o sea, eran todos parte de un vasto yo: el punto central de todas esas ensoñaciones era la exaltación de mi personalidad.

(PESSOA, 2016: 91)

⁴ En un aforismo no incluido en el libro de Méndez, encontramos aún otra vuelta de tuerca en el pensamiento acerca de la sinceridad, cuando Pessoa afirma: “Cuesta tanto ser sincero cuando se es inteligente. Es como ser honesto cuando se es ambicioso” (en *Baralho de Fernando Pessoa*, 2007, un naipe con aforismos de Pessoa y algunos de sus heterónimos. Este aforismo se encuentra en el 5 de corazones).

Lo interesante de esta pequeña confidencia no es sólo su semejanza con las fantasías más desaforadas de Alexander DeLarge al final de la *Naranja mecánica* de Kubrick, sino su conexión con el soberbio mesianismo de Pessoa, que está a la base de sus fantasías imperialistas ligadas al sebastianismo y a la inminente aparición de un “supra-Camões”. A lo largo de toda su obra, Pessoa rezuma un patriotismo fervoroso que está íntimamente conectado con la intención de posicionar su obra (en sentido amplio, ¿incluyendo la de sus heterónimos) como el comienzo de una nueva era de difusión y expansión de la cultura portuguesa que sería comparable a la conquista de los mares y los demás continentes impulsada por los monarcas lusitanos al principio del Renacimiento.

Frente a la inmensidad, belleza y exuberancia del proyecto pessoano de “sebastianismo racional”, no queda otra alternativa que admirar “la dimensión épica de su obra – tan lograda que ese temprano anuncio del supra-Camões, que en su día pareció ser delirio egolátrico, ha quedado en humilde profecía auto cumplida” (Méndez, en PESSOA, 2016: 74). Pero tras los esfuerzos de Méndez por hallar el fondo “personal” de ese soberbio fervor patriótico queda una lúgubre sospecha: que detrás de la grandilocuencia con la que Pessoa toma “conciencia cada vez [más] de la terrible y religiosa misión que todo hombre de genio recibe de Dios con su genio” (PESSOA, 2016: 128), no hay nada excepto una tentativa fallida por emular superficialmente un sentimiento colectivo por parte de un alma demasiado solitaria y demasiado racional para abandonarse a los delirios nacionalistas o humanistas de sus contemporáneos en Europa.

En ciertos temas, Pessoa fue valientemente adelantado – o, como lo dice Méndez, “sencilla, intemporal y valientemente acertado” (en PESSOA, 2016: 66) – como lo demuestra su defensa pública de la obra de Antonio Botto y Raul Leal, intelectuales abiertamente homosexuales que escandalizaron a Portugal con su obra, publicada por Pessoa en su propia editorial, Olisipo.

En un fragmento presente tanto en *El regreso de los dioses* (2006), como en el libro editado por Méndez, Pessoa propone su arte como una contribución insignificante al misterio del universo:

Volviéndome así, a lo menos, un loco que sueña en grande, y a lo más, no solo un escritor sino que toda una literatura; si es que no contribuyese con divertirme, lo que para mí ya habría sido bastante, contribuyo quizá con engrandecer el universo, porque quien al morir deja un escrito un verso bello deja más ricos los cielos y la tierra y más emotivamente misteriosa la razón por la que hay estrellas y personas.

(PESSOA, 2016: 233)

Esto se puede volver a relacionar con la problemática distinción entre vida y obra, entre la máscara forjada por el artista a través de su obra y su *performance*, y el “verdadero rostro”, el rostro “personal” que la edición de escritos pessoanos apuntaba a descubrir.

La seriedad de Pessoa se parece mucho a la de su contemporáneo Buster Keaton, como de la misma manera las caricaturas de ambos tienen cierto aire común. Y lo mismo debe decirse de la obra, sobre todo teniendo presente que **nada le parece más valioso que la civilización**, y que opina que el **sello de la civilización es la ironía**, y que **define la ironía como la absoluta seriedad en la performance unida a la completa imposibilidad de que esta sea seria**.

(PESSOA, 2016: 76; énfasis mío)

En su edición, Méndez nos invita a ver en el *performance* de Pessoa, no el vano gesto superficial de un artista obsesionado por su posteridad y por la forma en que su figura y su obra serían percibidas después de su muerte, sino algo más: una concepción humorística de la sociedad en la que semejante percepción se va a dar en el tiempo. Una concepción leve (en el mejor sentido de la palabra) del mundo por parte de quien no pretende tomarse demasiado en serio ni a sí mismo ni a los demás, pues a la larga puede que todo no sea más que una broma de la que es mejor reírse porque hay buenos motivos para reír, pero también porque, en últimas, es siempre mejor reír que llorar. Como en las grandes comedias, las pocas que alcanzan el nivel de ser obras de arte, las que además de entretener nos retrotraen a la simplicidad de alma de nuestra infancia, en la vida y obra de Pessoa es difícil distinguir lo que es en serio de lo que es en broma, lo que hace parte del *performance* del guiño que denuncia la consciencia histriónica del *performer*, lo que es sincero del engaño en el que gustosamente aceptamos participar. Y es en la perpetua incertidumbre acerca de esta sinceridad o seriedad del artista, acerca del alcance de la ironía del *performance*, que las márgenes entre vida y obra se confunden en ese río que es nuestra lectura póstuma del poeta y sus “papeles personales”.